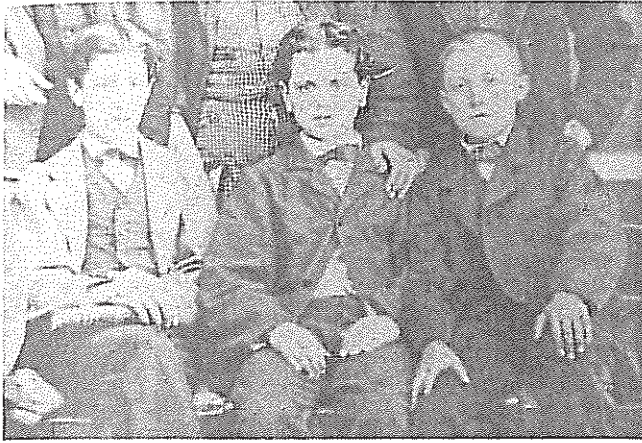


UN RECUERDO PARA JOAQUIN GARCIA CAVEDA

Efraín Canella Gutiérrez



OVIEDO 1865. DE IZQUIERDA A DERECHA: JOAQUIN GARCIA CAVEDA, FERMIN CANELLA SECADES, EMILIO VALENCIANO DIAZ. FOTO HECHA CON MOTIVO DE SU GRADUACION DE BACHILLER EN ARTES

A este preclaro hijo de Villaviciosa la muerte le arrebató en edad florida, y el vacío que dejó en la villa difícilmente pudo cubrirse en muchos años.

Tal vez hoy muchos de sus compoblanos desconozcan quién fue García Caveda y lo que representó en su tiempo para Villaviciosa y su comarca. Una calle en su lugar de nacimiento le recuerda. Su nombre y un somero relato de sus vivencias han sido recogidos en alguna enciclopedia, y creemos que poco más es lo que corrientemente se sabe de él. Y es una pena, pues pocos asturianos de su tiempo le aventajaron en amor al estudio, en afán de superación y en entrega a los demás sin pedir apenas nada a cambio. Toda su fugaz trayectoria hace de Joaquín García Caveda un personaje digno de recuerdo y de veneración.

Nació García Caveda en Villaviciosa en 1851. En la villa pasó su entretenida infancia y allí cursó la primera enseñanza. Más tarde se fue a Oviedo en donde inició, hasta concluirlos, el Bachillerato y los estudios de Leyes.

Pero reproduzcamos las frases escritas en su recuerdo por quien se titulaba «amigo del alma de Joaquín», el sabio don Fermín Canella y Secades, ilustre Catedrático de Derecho Civil y brillante Rector por muchos años de la Universidad de Oviedo.

«Nos conocimos en las cátedras del Instituto de Oviedo por los años 1863 y nunca desde entonces hasta el postrer aliento de su preciosa vida menguó ni se entibió siquiera nuestra amistad. Cuando ocho años después terminamos la carrera de Derecho en la Universidad y tomamos distinto rumbo, nos vimos siempre como los hermanos ausentes, confundimos nuestras casas y familia, y compartimos los secretos más íntimos en días contados de ventura y en muchos que vinieron oscurecidos por cuidados y zozobras. Nos cautivaban las mismas aficiones y estudios, en los que siempre era maestro, y bien puede decirse que jamás discrepamos en nada y que nuestros corazones latían a iguales sentimientos.»

«Cuando ahora visito y recorro Villaviciosa, recuerdo que la alcancé con poco más de dos calles, la del Agua y la del Sol, y en éstas las casas solariegas con heráldicos escudos. Ya no está el caño enfrente del ensangrentado Ecce-Homo, y le reemplazan dos fuentes construidas a última moda, nuevos y populosos son el barrio de la Oliva, el mercado viejo ya no lo es, y sí mejor que el de muchas capitales. Quedan como recuerdos del pasado la bizantina iglesia; la antigua y reducida cárcel sobre los restos de las viejas murallas; la casa de los Hevia, donde se hospedó Carlos I, el antiguo Ayuntamiento con el escudo concejil del águila austríaca; el ex-convento con varias dependencias; el tranquilo monasterio de las Clarisas, y las moradas donde nacieron Solares, Peón, Pidal, Caveda y otros ilustres asturianos».

Y don Fermín prosigue, como éxtasis, rememorando, en 1886, sus estancias en Villaviciosa, y sus excursiones por los alrededores con su amigo García Caveda.

Por un tiempo Joaquín ejerció la abogacía en Oviedo y en Villaviciosa, pero no era esta parcela del saber humano la que de verdad le tiraba. Alma noble y espíritu sincero, dio más útil dirección a su aliento dedicándose a la enseñanza, y fundó en su villa natal una Academia de Segunda Enseñanza y una Escuela de Comercio, en las cuales cifró todas sus esperanzas.

Muy pronto el establecimiento fue un foco de sabiduría, y por sus aulas, en pocos años, desfilaron cerca de setecientos jóvenes, muchos de los que luego dieron gloria a Villaviciosa.

García Caveda fue un hombre modesto, que en cuanto a cargos públicos sólo desempeñó los de Secretario interino del Ayuntamiento y Fiscal Municipal. Pero renunció a un brillante porvenir por el bien de la juventud de su pueblo.

Caveda había fundado revistas y colaborado en distintas publicaciones regionales como «El Apolo», «El Anunciador», «El Eco de Asturias», y publicó abundantes crónicas de viajes en «El Carbayón», pues durante un tiempo fue infatigable viajero por Europa. Numerosas de sus poesías han quedado desperdigadas por las páginas de diversas publicaciones. Algunos de sus poemas han logrado salvarse del olvido.

Joaquín García Caveda fue considerado como uno de los jóvenes de más sólida instrucción en Asturias, especialmente en Literatura, en Historia, en Bellas Artes, y en Lenguas, de las que dominaba las más importantes de Europa, así como el Latín, el Griego y el Árabe. Pero lo que más renombre le dio en su época fue la labor tan meritoria que realizó al frente del Colegio de Villaviciosa.

Enfermó de los pulmones en 1884, y poco a poco su vida fue consumiéndose, agotada por el mal y por los múltiples trabajos en que se hallaba enfrascado, y que no abandonó hasta el mes de noviembre de 1885, en que, buscando alivio a sus achaques, se marchó a Santa Cruz de Tenerife. Allí encontró pronto el cariño sincero de múltiples amigos, cuyas cartas se conservan y hablan de la simpatía e ilustración del joven asturiano.

A últimos de diciembre sufrió García Caveda una gran recaída a causa de un enfriamiento y ya no volvió a levantarse del lecho del dolor.

En una carta de su amigo el Teniente de Artillería Juan Arzadun, dirigida a la familia de Joaquín, decía aquel entre otras cosas:

«El último de sus días lo pasó relativamente tranquilo, proyectando escribir a Villaviciosa. Su clara inteligencia no se turbó hasta poco antes de su muerte, que fue sumamente dulce, sin sacudidas y casi sin agonía. Quedó muerto en su habitual postura, adoptada por él en los últimos años para facilitar la respiración, inclinado sobre la almohada y con la cabeza apoyada en la mano izquierda.»

El día postrero que menciona la carta del buen amigo era el 23 de enero de 1886, eran las seis de la tarde, la del crepúsculo en las Islas Afortunadas.

Hemos tenido la suerte de leer algunos de los relatos de viajes y excursiones escritos por García Caveda, así como un manajo de sus poesías. Todo admirable. Y nos hemos emocionado al pasar los ojos por uno titulado «De Borines al Pico de Pienzo», publicado por «El Eco de Asturias» el 25 de agosto de 1875. La descripción es maravillosa. También lo es, a nuestro juicio, la relación que hace el mismo año del descubrimiento de la cueva de Valdediós.

Desde estas páginas lanzamos a los amantes de las tradiciones de Villaviciosa la idea de reeditar el libro que en 1886, bajo la dirección de don Fermín Canella Secades, vio la luz en memoria de Joaquín García Caveda, hijo de los más ilustres de la villa. Muchos serán los sorprendidos por lo que se dice de él, y por las muestras de sus entretenidos y concienzudos escritos. El esfuerzo bien merece la pena.

